

## 34° DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO JESUCRISTO, REY DEL UNIVERSO



En este domingo celebramos la solemnidad de Jesucristo, Rey y Señor del Universo.

La Palabra de Dios que se nos propone en este último Domingo del año litúrgico nos invita a tomar conciencia de la realeza de Jesús; dejando claro, sin embargo, que esa realeza no puede ser entendida a la manera de los reyes de este mundo: es una realeza que se manifiesta con una lógica propia, la lógica de Dios. El Evangelio, especialmente, explica, cual es la concepción de la realeza de Jesús.

**La primera lectura** anuncia que Dios va a intervenir en el mundo, para eliminar la crueldad, la ambición, la violencia, la opresión que marcan la historia de los reinos humanos. A través de un "hijo de hombre" que va a aparecer "sobre las

nubes", Dios va a devolver la historia a su dimensión de "humanidad", posibilitando que los hombres sean libres y vivan en paz. Los cristianos verán en ese "hijo de hombre" victorioso un anuncio de la realeza de Jesús.

**En la segunda lectura**, el autor del Libro del Apocalipsis presenta a Jesús como el Señor del Tiempo y de la Historia, el principio y el fin de todas las cosas el "príncipe de los reyes de la tierra", aquél que ha de venir "en las nubes" lleno de poder, de gloria y de majestad para instaurar un Reino definitivo de felicidad, de vida y de paz. Esta es la interpretación cristiana de esa figura de "hijo de hombre" de la que hablaba la primera lectura.

**El Evangelio** nos presenta, en un cuadro dramático, a Jesús asumiendo su condición de rey ante Poncio Pilatos. La escena revela, con todo, que la realeza reivindicada por Jesús no se asienta en esquemas de ambición, de poder, de autoridad, de violencia, como sucede con los reyes de la tierra. La misión "real" de Jesús es dar "testimonio de la verdad" y se concreta en el amor, en el servicio, en el perdón, en el compartir, en la donación de la vida.

## PRIMERA LECTURA

### Su dominio es eterno y no pasa

#### Lectura de la profecía de Daniel 7, 13-14

Mientras miraba,  
en la visión nocturna  
vi venir en las nubes del cielo  
como un hijo de hombre,  
que se acercó al anciano y se presentó ante él.  
Le dieron poder real y dominio;  
todos los pueblos, naciones y lenguas lo respetarán.  
Su dominio es eterno y no pasa,  
su reino no tendrá fin.

**Palabra de Dios.**

## 1.1. Ambientación

Ya vimos, el Domingo pasado, que el Libro de Daniel aparece en la primera mitad del siglo II antes de Cristo, en una época en la que el rey seléucida, Antíoco IV Epífanés, intentaba imponer, por la fuerza, la cultura griega al Pueblo de Dios.

Las imposiciones de Antíoco IV Epífanés fueron, con todo, mal acogidas y depararán una tenaz resistencia, sobre todo por parte de los sectores más tradicionales del judaísmo. Unos judíos optaron abiertamente por la insurrección armada (como fue el caso de Judas Macabeo y de sus heroicos seguidores); por otro lado, otros optaron por hacer frente a la prepotencia de los reyes helénicos con su palabra y sus escritos.

El Libro de Daniel surge en este contexto. Su autor es un judío fiel a la cultura y a los valores religiosos de sus antepasados, interesado en defender su religión, empeñado en mostrar a sus conciudadanos que la fidelidad a los valores tradicionales será recompensada por Yahvé con la victoria sobre los enemigos.

Contando la historia de un tal Daniel, un judío exiliado en Babilonia, que sabe mantener su fe en un ambiente adverso de persecución, el autor del Libro de Daniel pide a sus conciudadanos que no se dejen vencer por la persecución y que se mantengan fieles a la religión y a los valores de sus padres.

En este libro, el autor les garantiza que Dios está del lado de su Pueblo y que recompensará su fidelidad a la Ley y a los mandamientos. El texto que se nos propone forma parte de la segunda parte del Libro de Daniel (Dn 7, 1-12,13). Ahí el autor, recurriendo a la "figura" de la "visión", nos presenta una lectura profética de la historia, cuya finalidad es transmitir esperanza a los creyentes perseguidos a causa de su fe y de la vivencia de sus valores tradicionales.

En la primera de las "visiones" propuestas (Dn 7,1-28), el autor del libro presenta "cuatro grandes animales" (el primero "era semejante a un león"; el segundo, era "semejante a un oso"; el tercero, era "parecido a una pantera"; el cuarto, era "horroroso, aterrador y de una fuerza excepcional" y "tenía diez cuernos", a los que se les unió otro "cuerno más pequeño" que "tenía ojos como hombre y una boca que profería palabras arrogantes", Dan 7,4-8). Esos "cuatro animales" evocan la sucesión de imperios humanos. El primero sería el imperio neo-babilónico, el segundo representaría al imperio de los medos, el tercero se referiría al imperio persa, y el cuarto sería el imperio griego de Alejandro, del cual los reyes seléucidas eran los herederos directos. Los "diez cuernos" de ese cuarto animal se referirían a una serie de diez reyes que se sucederán unos a otros y el undécimo cuerno, más pequeño que los otros, sería, seguramente, Antíoco IV Epífanés, el rey perseguidor del pueblo de Dios.

En paralelo con el cuadro histórico de estos imperios, todos ellos relacionados con el mal, con el imperialismo, con la opresión, con la persecución al Pueblo de Dios, el autor coloca otra escena, "un anciano" con los cabellos y los vestidos blancos "como la

nieve" sentado en un trono hecho de llamas y servido "por millares y decenas de millares", ese "anciano" decretó la muerte del décimo primer "cuerno", así como el fin del poderío de los "cuatro animales" (Dan 7,9-12). Es, precisamente, aquí, donde comienza la escena descrita por el texto de nuestra primera lectura: la entronización del "Hijo del Hombre".

## 1.2. Mensaje

La "visión" descrita por Daniel desde 7,1 se amplía, ahora, con la aparición de un "hijo de hombre". Al contrario que con los "animales" presentados en los versículos anteriores (que vienen del mar, en la simbología judía, el reino del mal, del desorden, del caos, de las fuerzas que se oponen a Dios y a la felicidad del hombre), ese "hijo de hombre" aparece "en las nubes del cielo" (v. 13) y tiene, por tanto, un origen trascendente. Viene de Dios y pertenece al mundo de Dios.

El "hijo de hombre" recibe de Dios un reino con las dimensiones del universo ("todos los pueblos, naciones y lenguas lo respetarán", v. 14) y un poder que no está limitado por el tiempo, ni por la finitud que caracteriza a los reinos humanos ("Su dominio es eterno y no pasa, su reino no tendrá fin", v. 14).

Con el anuncio de la aparición "en las nubes" de ese "hijo de hombre", el autor del Libro de Daniel anuncia a los creyentes perseguidos por Antíoco IV Epífanes la llegada de un tiempo en el que Dios va a intervenir en el mundo, para eliminar la crueldad, la voracidad, la ferocidad, la violencia (los reinos de los "cuatro animales") que oprimen a los hombres; en contrapartida, Dios va a devolver a la historia su dimensión de "humanidad", posibilitando que los hombres sean libres y vivan en paz y en tranquilidad.

Para la teología judía, ese "hijo de hombre" que ha de llegar para instaurar el "reino de Dios" sobre la tierra, será el Mesías (el "ungido") de Dios. Su intervención pondrá fin a la persecución de los justos y posibilitará la victoria de los santos sobre las fuerzas de opresión y de muerte. Esta es la esperanza que anima los corazones de los creyentes en la época inmediatamente anterior a la llegada de Jesús.

De acuerdo con varios textos neotestamentarios, Jesús aplicará esta imagen de "hijo de hombre que viene sobre las nubes" a su propia persona. Al ser interrogado por el sumo sacerdote Caifás, Jesús asumirá claramente que es "el Mesías, el Hijo de Dios bendito", el "Hijo del Hombre sentado a la derecha del Poder", que vendrá "sobre las nubes del cielo" (Mc 14,61-62). La catequesis cristiana primitiva retomará esta imagen para subrayar la gloria de Cristo y su poder soberano sobre la historia humana (cf. Hch 7,55-56). Para los cristianos, Cristo es, efectivamente, ese "hijo de hombre" anunciado en Dan 7, que liberará a los santos de las garras del poder opresor e instaurará el Reino definitivo de felicidad y de paz.

### 1.3. Actualización

- ✚ El texto que se nos propone como primera lectura en la Solemnidad de Jesucristo, Rey y Señor del Universo, aparece inserto en una reflexión más amplia sobre la historia y sobre los valores sobre los que son construidos los imperios humanos. Los reinos construidos por los hombres se basan, frecuentemente, en un poder arrogante y son generadores de explotación, de miseria, de violencia. Se trata de una realidad que los modernos imperios perpetúan y que, hoy como ayer, marca la historia humana.

¿La humanidad estará irremediamente condenada a vivir bajo el dominio de la injusticia y de la opresión? ¿Nunca nos liberaremos de ese ciclo de muerte? ¿Dios asiste, indiferente y con los brazos cruzados a esta dinámica de violencia y de violación de los derechos más elementales de los pueblos y de las naciones? El "profeta" autor del Libro de Daniel cree que el reino del mal no será eterno y que Dios intervendrá en la historia para destruir esas fuerzas de muerte que impiden a los hombres alcanzar la libertad, la paz, la vida plena. En una época en la que los imperialismos, los fundamentalismos, los colonialismos, la ceguera de los líderes de las naciones poderosas, multiplican el sufrimiento de tantos hombres y mujeres, la profecía de Daniel nos invita a la esperanza y a la confianza: Dios no abandona a su Pueblo en marcha por la historia y sabrá derrumbar a todos los poderes humanos que impiden la realización plena del hombre.

- ✚ El anuncio de un "hijo de hombre" que vendrá "en las nubes" para instaurar un reino que "no será destruido", nos lleva a Jesús. Él vino al encuentro de los hombres para proponerles un nuevo orden, en el que los pobres, los débiles, los marginados, aquellos que no pueden hacer oír su voz en los grandes areópagos internacionales, no serán humillados y pisoteados.

Jesús introdujo en la historia una nueva lógica, sustituyendo la lógica del orgullo y del egoísmo, por una lógica del amor, del servicio, de la donación.

Es verdad que, más de dos mil años después del nacimiento de Jesús, ese Reino todavía no se ha hecho una realidad plena en nuestra historia; con todo, el reino propuesto por Jesús está presente en la vida del mundo, como una simiente o como un fermento en la masa.

Nos compete, a nosotros discípulos de Jesús, hacer que ese Reino sea, cada día más, una realidad viva, presente, actuante en nuestro mundo.

## Salmo responsorial

Salmo 92, 1 - 2.5

V/. El Señor reina,  
vestido de majestad.

R/. El Señor reina,  
vestido de majestad.

V/. El Señor reina, vestido de majestad,  
el Señor, vestido y ceñido de poder.

R/. El Señor reina,  
vestido de majestad.

V/. Así está firme el orbe y no vacila.  
Tu trono está firme desde siempre,  
y tú eres eterno.

R/. El Señor reina,  
vestido de majestad.

V/. Tus mandatos son fieles y seguros;  
la santidad es el adorno de tu casa, Señor,  
por días sin término.

R/. El Señor reina,  
vestido de majestad.



## SEGUNDA LECTURA

### El príncipe de los reyes de la tierra nos ha convertido en un reino y hecho sacerdotes de Dios

#### Lectura del libro del Apocalipsis

1, 5 - 8

Jesucristo es el testigo fiel,  
el primogénito de entre los muertos,  
el príncipe de los reyes de la tierra.  
Aquel que nos ama,  
nos ha librado de nuestros pecados por su sangre,  
nos ha convertido en un reino  
y hecho sacerdotes de Dios, su Padre.  
A él la gloria y el poder  
por los siglos de los siglos. Amén.

Mirad: El viene en las nubes.  
Todo ojo lo verá;  
también los que lo atravesaron.  
Todos los pueblos de la tierra se lamentaran por su causa.  
Sí. Amén.

Dice el Señor Dios:  
«Yo soy el Alfa y la Omega,  
el que es, el que era y el que viene,  
el Todopoderoso.»

**Palabra de Dios.**

## 2.1. Ambientación

"Apocalipsis" significa "manifestación de algo que está oculto". Nuestro "Libro del Apocalipsis", del cual está sacado el texto de nuestra segunda lectura, es un libro que se presenta como una "revelación" sobre "las cosas que deben suceder en breve" (Ap 1,1) y que un tal Juan, exiliado en la isla de Patmos (una pequeña isla del Mar Egeo) a causa de su fe, tiene por misión comunicar a sus hermanos en la fe.

Estamos en la fase final del reinado del emperador Domiciano (alrededor del año 95). Las comunidades cristianas de Asia Menor viven una grave crisis interna, resultante de las herejías, de la falta de entusiasmo, de la tibieza, de la indiferencia, del miedo a dar testimonio de la propia fe.

Por otro lado, hay también una crisis que es fruto de causas externas, sobre todo de la violenta persecución que el emperador ordenó contra los cristianos: muchos seguidores de Jesús eran condenados y asesinados y otros, llenos de miedo, abandonaban el Evangelio. En la comunidad se decía: "Jesús es el Señor", pero fuera, quien mandaba, como señor todopoderoso, era el emperador de Roma.

Es, en este contexto de crisis, de persecución, de miedo y de martirio, en el que va a ser escrito el Libro del Apocalipsis. El objetivo del autor es llevar a los creyentes a revitalizar su compromiso con Jesús y a no perder la esperanza.

En este sentido, el autor del libro comienza haciendo una invitación a la conversión (primera parte, Ap 1-3); pasa, después, a presentar una lectura profética de la historia humana, que anuncia a sus fieles la victoria final de Dios sobre las fuerzas del mal (segunda parte, Ap 4-22). Estos contenidos son presentados con el recurso sistemático al símbolo (como es típico de la literatura apocalíptica), lo que convierte este libro en extraño y difícil pero, al mismo tiempo, muy bello e interpelante.

El texto de la segunda lectura de hoy nos presenta algunos de los primeros versículos del Libro del Apocalipsis. Se trata de una especie de introducción litúrgica, donde se presenta el diálogo litúrgico entre un lector y la comunidad cristiana reunida para escuchar una proclamación. En este diálogo, la comunidad es invitada a aceptar a Cristo como el centro de la historia humana, la razón de ser de la comunidad, el eje alrededor del cual se estructura y organiza toda la vida cristiana.

## 2.2. Mensaje

El autor comienza presentando a Jesús a la comunidad reunida para celebrar a su Señor, utilizando tres títulos cristológicos (v. 5a) que debían formar parte de la catequesis de la comunidad joánica: "testigo fiel", "primogénito de entre los muertos", "príncipe de los reyes de la tierra".

Jesús es el "*testigo fiel*" porque, con su vida, con sus palabras, con sus gestos de servicio, de amor y de donación, con su entrega hasta la muerte, testimonió, de



forma perfecta, lo que Dios quería revelar a los hombres y mostró a los hombres el rostro de Dios-amor.

Jesús es el "*primogénito de entre los muertos*", porque fue el primero en vencer a la muerte y al pecado y nos demostró, con esa victoria, que quien vive en los caminos de Dios no será vencido por la muerte, sino que está destinado a la vida eterna.

Jesús es el "*príncipe de los reyes de la tierra*", porque inauguró una nueva forma de ser y un reino nuevo, de vida y de felicidad sin fin.

Después de escuchar esta proclamación, la comunidad, reconocida, alaba a su Señor: "Aquel que nos ama, nos ha librado de nuestros pecados por su sangre, nos ha convertido en un reino y hecho sacerdotes de Dios, su Padre. A él la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén" (v. 5b-6). Los miembros de la comunidad cristiana tienen conciencia de que la entrega en cruz de Jesús es expresión del amor sin medida con el que ama a todos los hombres.

Porque ama, Jesús liberó a todos los hombres del egoísmo y del pecado; porque ama, Jesús invitó a los hombres a formar parte de un nuevo reino, de amor y de paz; porque ama, Jesús asoció a los hombres a su misión, convirtiéndolos en sacerdotes que ofrecen a Dios el culto de sus propias vidas. Jesús enseñó a los hombres una dinámica de vida nueva, les acercó a Dios, les invitó a formar parte de la familia de Dios. La comunidad cristiana, consciente de esta realidad, manifiesta en el culto su agradecimiento.

La "liturgia" prosigue con el autor recordando a la comunidad reunida que Jesús ha de venir al encuentro de los suyos, lleno de poder y de majestad, para inaugurar una nueva era de vida y de paz sin fin ("entre las nubes", v. 7.) La imagen está sacada del Antiguo Testamento y está asociada a las manifestaciones de Dios.

En el Libro de Daniel, (cf. Dan 7,13), el "hijo del hombre" que aparece en las nubes está asociado a la victoria de Dios sobre los reinos y los poderes del mundo. Se recuerda, así, a los creyentes que la última palabra nunca es de los malos y de los perseguidores, sino de Dios.

Por otro lado, todos los hombres podrán ver el corazón traspasado de Cristo (v. 7a,b) y tomarán conciencia de cuánto ama a los hombres. La victoria de Cristo se realizará a través de su amor, hecho don para todos los hombres, sin excepción.

La comunidad manifiesta su adhesión a Cristo y a las verdades proclamadas respondiendo: "sí. Amén" (v. 7c).

El autor concluye su presentación de Jesús, definiéndolo como el principio y el fin de todas las cosas (el "alfa" y la "omega", la primera y la última letra del alfabeto griego), aquél que es Señor de la Historia y que abarca la totalidad del tiempo ("el que es, el que era y el que viene", v. 8).

Los cristianos que participan en esta "liturgia" perciben, así, que pueden confiar incondicionalmente en ese Jesús que es la referencia fundamental de la historia humana; y perciben, también, que están invitados a hacer de Jesús el centro de sus vidas.

### 2.3. Actualización

✚ La figura de Jesús que es propuesta a la comunidad por el autor de nuestro texto, es la figura del Señor del Tiempo y de la Historia, principio y fin de todas las cosas; es la figura del "príncipe de los reyes de la tierra", que ha de venir "en las nubes" lleno de poder, de gloria y de majestad para instaurar un reino definitivo de felicidad, de vida y de paz.

Esta imagen de Jesús apela a la confianza y a la esperanza: sean cuales fueren las circunstancias de la historia humana, el camino de los hombres no será un camino sin salida, destinado al fracaso, sino que será un camino que desembocará inevitablemente en ese reino nuevo de vida y de paz sin fin que Jesús vino a anunciar y a ofrecer.

✚ La acción de Jesús como Señor de la Historia no se reduce a una lógica de poder, de autoridad, de fuerza, a imagen de los reyes de la tierra. En su catequesis, el autor del Libro del Apocalipsis subraya el amor de Jesús, manifestado en la donación de la vida para liberar a los hombres del egoísmo y del pecado, para insertarnos en una dinámica de vida nueva, para integrarnos en la familia de Dios.

Jesús, nuestro rey, es un rey que ama a los suyos con un amor sin límites y que, por amor, ofreció su vida en favor de la libertad y de la realización plena del hombre. En este día en el que celebramos la solemnidad de Jesucristo, Rey del Universo, estamos invitados (como las comunidades a las que el Libro del Apocalipsis se dirigía) a agradecer el amor de Jesús que nos liberó del egoísmo y de la muerte; y estamos invitados, también, a tener la misma actitud de Jesús, sustituyendo los esquemas de egoísmo, de poder y de prepotencia, por otros de amor que se hace donación y servicio a los hombres.

✚ En la presentación hecha por el autor del Libro del Apocalipsis, los creyentes están invitados a ver a Jesús como el centro de la historia y a hacer de él el eje fundamental alrededor del cual se construye la existencia humana, en general, y la existencia cristiana, en particular.

¿Jesús es, efectivamente, el centro de la historia humana? ¿Qué impacto tiene su propuesta en la construcción de nuestro mundo? ¿Jesús está, efectivamente en el centro de nuestras comunidades cristianas? ¿Es él la referencia fundamental para los creyentes? ¿Sus valores, sus enseñanzas condicionan la vida de los creyentes, su forma de ver el mundo, los compromisos que asumen con los otros hombres?

Aleluya

Mc 11, 9b-10a

Bendito el que viene en nombre del Señor.  
Bendito el reino que llega, el de nuestro padre David.

## EVANGELIO

### Tú lo dices: soy rey

✠ **Lectura del santo evangelio según san Juan**  
18, 33b - 37

En aquel tiempo,  
dijo Pilato a Jesús:

— «¿Eres tú el rey de los judíos?»

Jesús le contestó:

— «¿Dices eso por tu cuenta o te lo han dicho otros de mí?»

Pilato replicó:

— «¿Acaso soy yo judío? Tu gente y los sumos sacerdotes  
te han entregado a mí; ¿qué has hecho?»

Jesús le contestó:

— «Mi reino no es de este mundo.

Si mi reino fuera de este mundo, mi guardia habría luchado  
para que no cayera en manos de los judíos.

Pero mi reino no es de aquí.»

Pilato le dijo:

— «Conque, ¿tú eres rey?»

Jesús le contestó:

— «Tú lo dices: soy rey.

Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo;  
para ser testigo de la verdad.

Todo el que es de la verdad escucha mi voz.»

**Palabra del Señor.**

### 3.1. Ambientación

El Evangelio de la Solemnidad de Jesucristo, Rey del Universo, nos presenta una escena del proceso de Jesús ante Poncio Pilato, el gobernador romano de Judea. Atrás había quedado el enfrentamiento de Jesús con los líderes judíos, sobre todo con Anás (suegro de Caifás, el sumo sacerdote; Anás, a pesar de haber dejado el cargo de sumo sacerdote, continuaba siendo un personaje muy influyente y fue él, probablemente, el que lideró el proceso contra Jesús, cf. Jn 18,12-14.19-24).

Poncio Pilatos, el interlocutor romano de Jesús, gobernó Judea y Samaría entre los años 26 y 36. Las informaciones de Flavio Josefo y de Filón, lo presentan como un gobernante duro y violento, obstinado y áspero, culpable de ordenar ejecuciones de opositores sin un proceso legal. Las quejas de excesiva crueldad presentadas contra él por los samaritanos en el año 35, llevaron a Vitelio, el legado del Emperador en Siria, a tomar posición en el caso y a enviarlo a Roma para que se explicara ante el emperador. Poncio Pilato fue depuesto de su cargo de gobernador de Judea inmediatamente después.

Curiosamente, el autor del Cuarto Evangelio describe a Poncio Pilato como un hombre débil, indeciso y voluble, una especie de marioneta hábilmente manejada por los líderes judíos. Esta presentación, que contradice los datos dejados por los historiadores de la época, no debe tener grandes bases históricas: debe ser, únicamente, un intento de librar a los romanos de cualquier culpa en el proceso a Jesús.

En la época en la que el autor del Cuarto Evangelio escribe (alrededor del año 100), no era conveniente para los cristianos acusar a Roma, afirmando su responsabilidad en el proceso que llevó a Jesús a la muerte. Así, los escritores cristianos de la época prefirieron blanquear el papel del poder imperial y, por otro lado, hacer recaer sobre las autoridades judías toda la culpa en la condena de Jesús.

### 3.2. Mensaje

El interrogatorio de Jesús comienza con una pregunta directa, hecha por Poncio Pilato (v. 33b): "*¿Eres tú el rey de los judíos?*" Este inicio del interrogatorio revela cual era la acusación presentada por las autoridades judías contra Jesús: él tenía pretensiones mesiánicas, pretendía restaurar el reino ideal de David y liberar a Israel de los opresores. Esta línea de acusación ve en Jesús a un agitador político empeñado en cambiar el mundo por la fuerza, que fundamenta sus pretensiones y su acción en el poder de las armas y en la autoridad de los ejércitos. ¿Esta acusación tiene fundamento? ¿Jesús la acepta?

La respuesta de Jesús sitúa las cosas en la perspectiva correcta. Se proclama como el mesías que Israel esperaba y confirma, claramente, su calidad de rey; sin embargo, descarta cualquier parecido con esos reyes que Poncio Pilato conoce (v. 36). Los reyes de este mundo se apoyan en la fuerza de las armas e imponen a los otros

hombres su dominio y su autoridad; su realeza se basa en la prepotencia y en la ambición y genera opresión, injusticia y sufrimiento. Jesús, en contrapartida, es un prisionero indefenso, traicionado por sus amigos, ridiculizado por los líderes judíos, abandonado por el pueblo; no se impone por la fuerza, sino que viene al encuentro de los hombres para servirles; no cultiva los propios intereses, sino que obedece en todo la voluntad de Dios, su Padre; no está interesado en afirmar su poder, sino en amar a los hombres hasta la entrega de la propia vida. Su realeza es de otro orden, del orden de Dios. Es una realeza que toca los corazones y que, en vez de producir opresión y muerte, produce vida y libertad. Jesús es rey y mesías, pero no va a imponer a nadie su reinado; va a proponer a los hombres un mundo nuevo, basado en la lógica del amor, de la donación y de la entrega, del servicio.

La declaración de Jesús causa extrañeza en Poncio Pilato. Él no consigue entender que un rey renuncie al poder y a la fuerza y fundamente su realeza en el amor y en la donación de la propia vida. La expresión puesta en boca de Poncio Pilatos "entonces, tú eres rey" (v. 37a), parece una expresión de alguien para quien las declaraciones de su interlocutor no son claras y que deja la puerta abierta a ulteriores explicaciones. Por eso, Jesús confirma su realeza y define el sentido y el contenido de su reinado.

La realeza de la que Jesús se considera investido por Dios consiste en "dar testimonio de la verdad" (v. 37b). Para el autor del Cuarto Evangelio, la "verdad" es la realidad de Dios. Esa "verdad" se manifiesta en los gestos de Jesús, en sus palabras, en sus actitudes y, de forma especial, en su amor vivido hasta el extremo de la entrega de la vida.

La "verdad" (esto es, la realidad de Dios), es el amor incondicional y sin medida que Dios derrama sobre el hombre, a fin de hacerle llegar a la vida verdadera y definitiva. Esa "verdad" se opone a la "mentira", que es el egoísmo, el pecado, la opresión, la injusticia, todo aquello que afea la vida del hombre y le impide alcanzar la vida plena.

La "realeza" de Jesús se concreta, por un lado, en la lucha contra el egoísmo y el pecado que esclavizan al hombre y que le impiden ser libre y feliz; por otro lado, la realeza de Jesús se consume en la proposición de una vida hecha amor y entrega a Dios y a los hermanos.

Esta meta no se alcanza a través de una lógica de poder y de fuerza (que sólo multiplican las cadenas de la mentira, de la injusticia, de la violencia); sino que se alcanza a través del amor, del compartir, del servicio sencillo y humilde en favor de los hermanos. Ese es el "reino" que Jesús vino a proponer; ese es el "reino" que él preside.

La propuesta de Jesús provoca una respuesta libre del hombre. Quien escucha la voz de Jesús, se adhiere a su proyecto y se compromete a seguirle, renuncia al egoísmo y al pecado y hace de su vida un don de amor a Dios y a los hermanos (v. 37c). Pasa, entonces, a formar parte de la comunidad del "Reino de Dios".

### 3.3. Actualización

- ✚ Las declaraciones ante Poncio Pilatos, no dejan lugar a dudas: él es "rey" y recibió de Dios, como dice la primera lectura, "poder real y dominio" sobre todos los pueblos de la tierra.

Al celebrar la solemnidad de Jesucristo, el Rey del Universo, estamos invitados, antes de nada, a descubrir e interiorizar esta realidad: Jesús, nuestro rey, es el principio y el fin de la historia humana, está presente en cada paso del caminar de los hombres y conduce a la humanidad al encuentro de la verdadera vida.

Los inicios del siglo XXI están marcados por una profunda crisis de liderazgo mundial. Los grandes líderes de las naciones son, frecuentemente, hombres con una visión muy limitada del mundo, que no se preocupan por el bien de la humanidad y que, dirigen sus políticas de acuerdo con lógicas de ambición personal o de intereses particulares. Nos sentimos, a veces, perdidos e impotentes, arrastrados hacia un agujero sin salida por líderes mediocres, prepotentes e incapaces.

Esta constatación no debe, sin embargo, llevarnos al desánimo: sabemos que Cristo es nuestro rey, que él preside la historia y que, a pesar de los fallos de los hombres, continúa caminando con nosotros y señalándonos los caminos de salvación y de vida.

- ✚ La realeza de Jesús no tiene nada que ver con la lógica de la realeza a la que el mundo está habituado. Jesús, nuestro rey, se presenta a los hombres sin ninguna ambición de poder o de riqueza, sin el apoyo de los grupos de presión que marcan los valores y la moda, sin ningún compromiso con las multinacionales de la explotación o del lucro. Ante los hombres, él se presenta sólo, indefenso, prisionero, armado únicamente con la fuerza del amor y de la verdad. No impone nada; sólo propone a los hombres que acojan en su corazón esa lógica de amor, de servicio, de obediencia a Dios y a sus proyectos, de entrega de la vida, de solidaridad con los pobres y marginados, de perdón y tolerancia.

Es con estas "armas" con las que va a combatir el egoísmo, la autosuficiencia, la injusticia, la explotación, todo lo que genera sufrimiento y muerte. Es una lógica desconcertante e incomprensible, a la luz de los criterios que el mundo valora y enaltece.

¿La lógica de Jesús tiene sentido?

¿El mundo nuevo, de vida y de felicidad plena para todos los hombres nacerá de una lógica de fuerza y de imposición, o de una lógica de amor, de servicio y de donación de la vida?



✚ Nosotros, los que nos adherimos a Jesús y optamos por formar parte de la comunidad del Reino de Dios, tenemos que dar testimonio de la lógica de Jesús. Incluso contra corriente, nuestra vida, nuestras opciones, la forma de relacionarnos con aquellos con los que todos los días nos cruzamos, deben estar marcados por una continua actitud de servicio humilde, de donación gratuita, de respeto, de compartir, de amor.

Como Jesús, también nosotros tenemos la misión de luchar, no con la fuerza del odio y de las armas, sino con la fuerza del amor contra todas las fuerzas de explotación, de injusticia, de alienación y de muerte.

El reconocimiento de la realeza de Cristo, nos invita a colaborar en la construcción de un mundo nuevo, del Reino de Dios.

✚ La forma sencilla y sin pretensiones con la que Jesús, nuestro rey, se presenta, nos invita a repensar ciertas actitudes, ciertas formas de organización y ciertas estructuras que creamos.

La comunidad de Jesús (la Iglesia) no puede estructurarse y organizarse con los mismos criterios de los reinos de la tierra.

Debe interesarse más por dar un testimonio de amor y de solidaridad para con los pobres y marginados que por controlar a las autoridades políticas y a los jefes de las naciones; debe buscar más el servicio sencillo y humilde a los hombres que los títulos, las honras, los privilegios; debe apostar más por el compartir y por la donación de la vida que por el poseer bienes materiales o por la eficacia de las estructuras.

Si la Iglesia no da testimonio, en medio de los hombres, de esa lógica de realeza que Jesús presentó ante Poncio Pilato, está siendo gravemente infiel a su misión.